

divertido que tú. Pero aún no se me ha dicho el nombre del joven esgrimista bajo cuya rodilla ha gemido gallardamente el señor de Lorena.

La voz del gran marqués se veló un tanto al pronunciar con honda emoción estas palabras :

— Señor, yo puedo juraros por mi honor que ese joven es el hijo único del conde Jacobo de Armañac, duque de Saboya-Nemours, y de Blanca de Vertu, su esposa.

Carlos de Entragues, que había entrado con los que llegaron en último término se adelantó entonces hacia Bernardo, estrechando sus manos efusivamente.

— He aquí explicada la simpatía que me merecisteis desde que os vi por vez primera. Mi hermano fué amigo inseparable de vuestro heroico padre.

Enrique III miraba en tanto con extrañeza en torno suyo.

— No lo comprendo; — dijo al gran marqués. — Pero después de haber visto al falso Villanueva, no me desagradaría ver ahora al falso Armañac, junto al verdadero... ¡A ver, que me busquen al duque Rolando!

XVI

MADRE É HIJO

Pasaron algunos momentos antes de que nadie pudiera contestar á la pregunta del rey.

Varias de las personas allí presentes habían visto cómo el primer gentilhomme de la cámara se eclipsaba en compañía de un personaje cuya presencia llenábase de horror; pero nadie se atrevía á confesar lo que acababa de ver por temor á contrariar al monarca.

Por otra parte, aun cuando habíanse ya retirado los partidarios de Guisa, el saloncillo veíase lleno de gente que acudía á felicitar á Enrique III por haber salido con bien del apurado trance en que acababa de ponerle su primo y rival, el otro Enrique. Llegaron primero los miñones, puestos al fin en libertad; luego Luisa de Lorena, la reina, acompañada de todas las damas que estuvieron antes con ella en el salón azul del Hotel de Nesle; y por último alguien anunció la llegada inminente de Catalina de Médicis.

— Por Dios vivo, — observó Enrique, — sospecho que no he sido yo quien ha convocado gentes en tan crecido número. ¡Gracia, señoras mías, gracia para mis pulmones! Vuestros trajes de faralares levantan demasiado polvo... Y á todo esto no sé si hay aquí ó no, alguien que se decida á traerme á Nemours.

Desde algunos momentos antes, en el cerebro obtuso de Matraca operábase un trabajo considerable. Por último, empujado por Cortomontel, el rechoncho escudero rompió filas, y fué á caer á los pies de Enrique de Valois, gritando como un energúmeno.

— ¡Ventre de pulga! Si la fortuna del señor caballero va por buen camino, la mía está hecha. Razón tenía yo de seguir mi estrella.

— Pues señor, — dijo Enrique sin enfado — los tipos originales abundan por aquí que es un primor. El falso marqués era un cómico de primera, pero éste me parece un bufón de lo más divertido.

Y dirigiéndose á Matraca, añadió :

— Pero vamos á ver : ¿tenías algo que decirme?

— Sí, señor, — contestó Matraca. — Que el hombre por quien pregunta vuestra majestad, el retrato vivo del señor caballero, ha huído hace poco con el nigromante del manto colorado.

— ¿Con mi difunto mago? Tú estás loco, buen hombre.

Matraca insistió, seguro de lo que adelantaba.

— Pues si no era él, ¿quién es el que llevaba su manto?

Una rápida ojeada bastó al marqués de Villanueva

para advertir que una mano desconocida había despojado de su manto el cuerpo de su amigo, cerca del cual se hallaba *Diógenes* en aquel momento olfateando un papel desplegado que había en el suelo.

— ¡Trae eso, Diógenes! — exclamó á media voz.

No se hizo repetir la orden el inteligente animal, y momentos después Jacobo de Villanueva-Marsan hallábase en posesión del escrito que se apresuró á leer detenidamente. Entonces lo comprendió todo, y sus mejillas se colorearon un momento por efecto de la intensa emoción que la lectura hubo de producirle. El papel que tenía entre las manos era el mismo encontrado por Fiamma en una de las del muerto, y la lectura del cual hubo de impresionarla tan hondamente que luego de enterarse de su contenido lo dejó caer por inadvertencia, al apoderarse del albornoz escarlata de su protector, entre los pliegues de cuya prenda quiso envolverse para ocultar su disfraz de japonesa.

Luego, á favor del ruido que producía la pendencia, había deslizado algunas palabras en el oído de Rolando, quien pareció muy sorprendido por esta intervención que él no esperaba, y que se dejó tomar por la mano, y aun conducir fuera por la joven, sin oponerle la menor resistencia.

Para el gran marqués la duda no era posible. El escrito que tenía ante sus ojos no podía ser más explícito, hallándose concebido en los siguientes términos:

« Fiamma, tu verdadero nombre es Fátima. Sabe ante todo, dulce amiga mía, que mi deseo hubiera sido purgar el mundo de las gentes de tu sangre y de tu

raza sin que tú misma te percataras de ello. Pero por si no me es dado satisfacerlo, por si sucede que vaya á reunirme con mi querida Blanca en el otro mundo, antes de que haya realizado esa noble empresa, te debo la verdad, y hela aquí.

« Tú eres la hija perdida por Phtah Mansour, la gipsia de Chaumont. Tú eres la hermana de Landro Mansour, conocido en la corte con el nombre de Duque Rolando, al cual no tiene derecho, y en el ejército del crimen con el apodo de Sed de Sangre.

« Hasta hace muy pocas horas estuve convencido de que era ese hombre tu único hermano; pero esta misma mañana, una horrible monstruosidad me ha revelado la existencia de un gemelo. Neré Mansour, el gemelo de quien hablo, poseía un alma sensible como la tuya, amiga mía; por eso Sed de Sangre lo ha hecho capturar en lugar suyo, y lo ha torturado, con mano fratricida en uno de los *in pace* del Gran Chatelet. Tal vez Neré ha muerto ya á estas horas; si aún vive, ya no puede ser otra cosa que un cadáver que alienta.

« Acuérdate de mis enseñanzas, hija mía. El Dios de paz es asimismo el Dios de la venganza. Procede como te lo aconseje tu conciencia regenerada, y cumple con tu deber. Te besa y te bendice el que es para ti, *Salem-Kebir*. »

Las lágrimas se agolparon á los ojos del gran marqués cuando hubo terminado la lectura de esta carta.

— Era un noble corazón; — murmuró. — ¿Por qué, Dios mío, por qué no quiso escucharme?

Temiendo que el remordimiento, que le parecía no

deber sentir, invadiese de pronto su alma, sacudió la pasajera torpeza en que acababa de sumirle la lectura de aquel escrito, y fué hacia Enrique III, alejando de él, con ademán suplicante á algunos de los que le rodeaban más de cerca.

— Señor, — dijo enseguida, el miserable que llevaba indebidamente los nombres y títulos de Saboya-Nemours, acaba de ser confundido por cierto irrecusable testimonio de ultratumba.

Y en apoyo de su afirmación el marqués comentó con palabra enérgica, las acusaciones formuladas por el mago rojo.

El rey pareció vacilar un momento : luego, como si tratara de quitar importancia á sus palabras, dijo con desgaire:

— Marqués amigo, los acontecimientos se han precipitado de tal modo que se me antojan ya demasiados para una sola velada. Por otra parte, pesan sobre un rey infinitas ocupaciones, y al más trabajador le sería imposible despachar personalmente todos estos asuntos secundarios. Dios sabe si la encérrona de que se ha pretendido hacerme víctima esta noche, la deslealtad de ese falso Nemours y otras cosas por el estilo merecen que nos ocupemos seriamente de ellas... Pero estoy solo, tan solo que comienzo á echar de menos á mi mago rojo, y aún á Luis de Villequier que valía algo menos que Mammouth... Vaya, marqués, compadéceme, y acepta la misión de secundarme y aconsejarme.

— ¿Quiere eso decir que me ofrecéis la cancillería?

— preguntó el gran marqués con respeto, pero con cierto aire de altiveza.

Cierto ¿La aceptas?

— Acéptola, señor, tan solo para firmar, con vuestra aprobación, un nombramiento, y para dar algunas órdenes que me parecen urgentísimas. ¿Os place así?

— Pláceme; — dijo el rey. — Apruebo de antemano todo cuanto tú hagas.

El gran marqués hizo una seña llamando junto á sí á Bernardo

— Hijo mío; — dijo luego en voz alta y con solemnidad, — los nombres de Armañac y de Saboya-Nemours que eran los de tu padre, que son los tuyos, y lo juro por mi honor, han sido arrastrados por el lodo sangriento, por un relapso, vergüenza de la humanidad. Deber tuyo es el darles nuevo brillo lavándolos en la sangre del infame, destruyendo la guarida de éste y acabando de una vez para siempre con su familia de víboras. Para ponerte en posesión de los medios necesarios para tal empresa, usando de los poderes que el rey me confiere, te nombro capitán general de las gentes de armas, arcabuceros y arqueros reales. El momento no puede ser más oportuno. En marcha pues hacia el castillo de Chaumont. Es preciso que el nuevo sol alumbre sus escombros. Anda, que yo te sigo.

Inclinándose enseguida ante el monarca, añadió:

— Señor, pongo en manos de vuestra majestad la dimisión del cargo con el que se sirvió honrarme. De escasa duración ha sido mi ministerio, pero me atrevo á esperar que será fecundo en resultados, pues he

puesto el trono bajo la salvaguardia de la primera espada de Francia, la de Bernardo de Armañac.

Enrique III hizo un gesto de indiferencia, y volviendo los talones fuése á conversar con su barbero. Cuando volvió hacia el grupo de cortesanos pudo observar la ausencia de no pocos gentileshombres, que habían tenido á honor unirse á Sed de Amor y al gran marqués para acompañarlos en la expedición que se preparaba. Si le sorprendió ó no el incidente cosa es que no sabemos; pues cuando se acercaba á su esposa Luisa de Lorena, tal vez con objeto de comunicarle sus impresiones, vióse detenido por una mujer vieja, que se arrojó en sus brazos sollozando.

— ¡Mi Enrique! — decía la recién llegada. — ¡Aun llego á tiempo! ¿Quién ha de atreverse á atacaros entre los brazos de vuestra madre?

Aquella mujer era en efecto Catalina de Médicis.

.....

Cuando Fiamma salió de la torre de Nesle, arrastrando tras ella á Landro Mansour, desenmascarado y vencido, hubo de tropezarse con los truhanes quienes no la hubieran dejado pasar á no ocurrírsele invocar, como lo hizo, el nombre de Salem-Kebir. Su manto rojo no podía engañar á los pobladores de la Corte de los milagros, quienes reconocieron la voz de la joven.

Y como ésta era querida y respetada entre ellos, disponíanse á franquearle el paso, cuando llegó Divina la loca quien puso sus manos sobre los hombros de Sed de Sangre.

— Eres tú, Jacobo; — díjole mirándole con gran

atención. — ¿Por qué me abandonaste? ¿Has encontrado á nuestro hijo? Habla, ¿lo has encontrado?

Landro tuvo un momento de sorpresa; pero comprendiendo en seguida que cada minuto de retraso agravaba considerablemente su situación, ya por todo extremo comprometida, y seguro de que iban á perseguirle, quiso rechazar á la importuna, diciendo:

— ¿Qué demonios quiere esta maniaca?

En las pupilas dilatadas de la loca pareció reflejarse el espanto al oír estas duras palabras.

— ¡Ah! — exclamó la infeliz. — ¡No es mi Jacobo!...

Pero si no es él, ¿por qué tiene su cara?... ¡Ah, sí, es hijo de la gipsia; es el ladrón de caras! ¡Detenedle! ¡Detenedle!

Por efecto de esta circunstancia imprevista, la situación de Landro comenzaba á ser de todo punto crítica. Animadas por Nataniel el leproso, las bellacas iban estrechando el círculo en torno á los dos fugitivos. Fiamma temía ver aparecer de un momento á otro los soldados perseguidores.

Así lo comprendió Landro, y para escapar de una vez de las garras de la desdichada demente, rojo de cólera la boca espumeante, empujó á la infeliz con tal brutalidad que fué á dar con la frente en un ángulo de la pared y cayó enseguida al suelo, donde quedó inmóvil.

Un grito inmenso, grito de reprobación y de venganza resonó en el acto, lanzado al mismo tiempo por todos los truhanes, que se aprestaron á vengar á su madrecita, como ellos la llamaban.

Llegaron tarde sin embargo. Sed de Sangre habíase lanzado de un salto á una barca abandonada, y burlándose desde ella del furor impotente de los truhanes, abandonábase á la corriente.

Con él se encontraba Fiamma. Sentada á popa del barquichuelo, dirigía los movimientos del remero con perfecta calma é intrépida frialdad. No hubiera sido posible á la joven dejar abandonado á su hermano, siendo como era su destino, y lo seguía á pesar suyo.

Poco tiempo después Bernardo, creado al mismo tiempo duque y capitán general, salía á su vez por la puerta de hierro seguido de sus amigos, entre los cuales se encontraban la marquesa María y Glorieta, deteniéndose todos en presencia del cuerpo de Divina la loca.

— ¡Por las ubres de Satán! — gritó Cortomontel, ¿quién es el fementido que puso en tan apurado trance á mi antigua compañera de correrías por el país bearnés?

Creemos haber dicho ya que Cortomontel era de muy elevada estatura, que su delgadez parecía aumentar hasta hacerla inverosímil. Al ver su cuerpo, desgarrado, hubiera podido creer un observador que se encontraba en presencia de uno de esos fantásticos personajes que se retuercen como lombrices, y hacen de sus huesos y nervios lo que quieren hasta el punto de hacer dudar de su carácter de seres humanos.

Pues bien, en aquel cuerpo largo, inacabable, y delgado como un junco, aparecía atornillada una cabeza de aguiluña nariz y pómulos salientes, de piel aperga-

minada y ojos pequeños, cuya mirada era de las más penetrantes y sarcásticas. ¡Ah, aquellos ojos! Era imposible olvidar, una vez vista, su maliciosa vivacidad.

Un traje casi harapiento disimulaba mal el cuerpo ético y sin fin del seudobandido. Componíase de jubón incoloro, usadísimo, quemado en ciertos sitios y seboso en otros — chamuscones y grasa que evidenciaban elocuentemente que la tela hubo de gustar por igual de las alegrías de la taberna y de los placeres de la emboscada — y de gregüescos en deplorable estado, cuyo izquierdo flanco batía constantemente un espadón gigantesco. Por último, y dejando aparte el sombrero, endurecido y deformado por las constantes caricias del sol y de la lluvia, completaba la extraña indumentaria del no menos extraño personaje amplia capa de bajos deshilachados, constelada de infinitos remiendos y de agujeros innúmeros.

Apenas hubo formulado su exclamación la famélica caricatura, cuando Divina se enderezó, como galvanizada por eléctrica corriente, fijándose sus ojos, demesuradamente abiertos, en el apergaminado semblante del inenarrable Cortomontel.

— ¡El niño! — murmuró la loca.

— Sí, sí, — dijo el gigante; lo mismo que cuando la encontré en las alturas de la Lozere; siempre llamando al niño. Pero entonces lo llamabais sin dejar de mirar cómo el fuego convertía en pavesas el gigantesco castillo que dominaba la cuenca del Gers. Fuego violento como pocos aquel, ¡cuernos del diablo! Yo, que tengo un corazón más blando que la cera, me dije al veros :

« Con seguridad es una pobre sirvienta que ha salido huyendo de la quema. » Y como me seguisteis sin dificultad, durante meses y más meses, conmigo hicisteis vida aventurera, hasta que me fué al fin posible recomendaros á Almizcle y á Tafouilleux, mis excelentes amigos de la Corte de los milagros. Aún recuerdo, como si hubiera sido ayer, la emocionante presentación.

Llegaba aquí en sus reflexiones el buen Cortomontel, cuando el gran marqués, comprendiendo que algo grave iba á producirse, le interrumpió diciendo :

— Hampones y truhanes, sabed que su majestad se digna devolveros todos vuestros privilegios, aun cuando con una condición : la de que habéis de cooperar á la captura del castellano de Chaumont. Seguid pues á los soldados, que hacia allá se dirigen.

Los interpelados rugieron de alegría, y dando vivas al rey dirigiéronse tumultuosamente hacia el puente de San Miguel que atravesaban ya los arqueros escoceses, mandados por el feroz Larchand, así como los arcabuceros y los gentileshombres, guiados estos últimos por Carlos de Entragues y Chicot.

Una vez que se hubo alejado la turba multa de mendigos y galloferos, el gran marqués se dirigió de nuevo á Cortomontel.

— ¿Os acordáis de la época en que se produjo el incendio ese de que hablabais ahora mismo? — le preguntó con interés.

— Ya lo creo que me acuerdo, ¡truenos del infierno! Fué cuando el senescal de Guyana derrotó á la facción

de los *Descontentos*, á la que yo pertenecía como espada franca. Yo salí huyendo de Auch. Era... ¡esperad, obligación de Venus! Era en la noche del 13 de Febrero de 1538.

— ¡En la noche del 13 de Febrero! — repitió el gran marqués.

Divina no apartaba su vista del enorme y desgajado gigantón. Hubiérase dicho que las palabras que se pronunciaban ante ella herían su tímpano con ruido confuso que no le era posible analizar. Sin embargo, la arruga que se marcaba tenaz en su frente, parecía indicar que la pobre loca realizaba esfuerzos inauditos para comprender, para coordinar sus ideas, dispersas y tumultuosas.

Por su parte, Sed de Amor experimentó una conmoción violenta al oír las palabras de Cortomontel y la fecha indicada por éste contestando á una pregunta del gran marqués, porque acababa de recordar la horrible historia que algunos años antes le contara Bar Cobral en las gargantas del Anti-Líbano.

— ¡En la noche del 13 de Febrero! — dijo él á su vez. — Entonces ese incendio era el del castillo de Astaffort.

Al oír este nombre, un temblor convulsivo agitó los miembros de Divina la loca, la desesperación entenebreció sus pupilas, y dióse á retorcer sus manos mientras gritaba :

— ¡La noche del 13 de Febrero!... ¡Astaffort!... Jacobo, Bernardo, pedazos de mi corazón, mis únicos amores! Dios mío, Dios mío, si es que los he perdido

para siempre, llevadme á mí también... Vuelve á mí el recuerdo de esa noche horrorosa y me mata, me mata... Sí, yo muero...

Los brazos de la sin ventura se agitaron en el aire, y hubiera caído al suelo privada de sentido á no lanzarse Bernardo á tiempo para recibirla en sus brazos.

Es de todo punto imposible describir la emoción que se apoderó del joven al oír su nombre pronunciado por los labios de la pobre demente, de la mujer infortunada á la cual quería con cariño irrazonado y como impulsivo.

Sin embargo, tal emoción, angustia tan indecible trocáronse pronto en inmenso júbilo. Fué cuando cerca de él se formularon estas dos observaciones :

— ¡Cielos! — decía la marquesa — mira bien, Jacobo, ¿verdad que esa mujer parece Blanca, mi amiga, mi hermana de otro tiempo?

La contestación del gran marqués se hizo esperar un tanto, pero fué categórica.

— ¡Por el divino sudario, María, juro que la razón os asiste! Estamos en efecto en presencia de Blanca de Armañac y de Saboya-Nemours, la esposa de mi desdichado hermano, y á la cual creíamos muerta! Y ved, señora, cómo para desvanecer las dudas que acerca de ello pudiéramos abrigar tuvo la providencia buen cuidado de enviarnos al hijo antes de poner á la madre en vuestro camino.

— Verdad es. Al ver á Bernardo, paréceme estar viendo á Blanca cuando era muchacha.

— Ambos se parecen asimismo por el corazón ; pero

él ha heredado además la intrepidez y la fuerza de su padre.

El nuevo favorito del rey continuaba prodigando sus cuidados á la loca, ayudado en esta tarea por la dulce Glorieta; pero había oído perfectamente cuanto se decía cerca de él y de ahí la felicidad que en aquellos momentos desbordaba de su corazón, incapaz de contenerla toda. No podía ser de otro modo, considerando que luego de haberle hecho devolver su verdadero nombre y sus títulos, la Providencia, mostrándose de pronto tan pródiga de mercedes como antes lo fuera de disgustos, parecía dispuesta á sorprenderle arrojando en sus brazos, llena de vida, á la madre á quien él creía dormida desde mucho tiempo antes en el humilde cementerio de Barbotán.

Si la desdichada y maltrecha mujer que se hallaba allí junto á él en aquellos momentos era en realidad su madre, ¡con cuánto placer no la cuidaría hasta procurar su completo restablecimiento, hasta hacerla dar al olvido penas pasadas y disgustos lancinantes!

Abrió Divina los ojos y como si despertase de un sueño letárgico, paseó en torno suyo una mirada extraña, notable, por lo que tenía de inteligente.

— Está curada; — murmuró doctoralmente el gran marqués. — Una impresión de horror había paralizado su inteligencia, y una emoción contraria devuelve la lucidez á su cerebro, alucinado durante tanto tiempo. Habladle pues, Maria, que no es conveniente dejar en reposo una memoria que despierta tras largo sueño.

Obediente á las indicaciones de su marido, la mar-

quesa dió un paso hacia adelante, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra Divina, con gran sorpresa de todos los allí presentes, que seguían con ansiedad todos sus movimientos, acababa de llevar sus manos al cuello del joven duque que se inclinaba hacia ella, y apartando el encaje de su jubón, habíase apoderado de la cadenilla de la cual pendía el enigmático medallón que ya conocemos.

Los testigos de la interesante escena apenas se atrevían á respirar, siguiendo con redoblada atención los movimientos de la enferma.

Era indudable que muy impresionada ésta por lo que acababa de decirse junto á ella, y animada además por el retorno, momentáneo ó definitivo, de la lucidez á su cerebro, veía á Bernardo en aquellos momentos de un modo muy diferente de como lo viera hasta entonces. Probablemente lo comparaba á alguna visión de su sueño letárgico, visión que en concepto de la loca debía llevar al cuello un signo para hacerla reconocer, y esto explicaba la rapidez y la espontaneidad de su movimiento.

Sus dedos temblaron al tropezar con la cadena y tiró de ésta con fuerza, casi con furia. La vista del medallón de Cellini causó en Divina tan profundo estupor, que se la vió vacilar, como si la hubiese herido un rayo.

Pero esta vez no hubo necesidad de sostenerla. Su rostro reflejaba la delirante alegría que agitaba su alma; y luego de repetir por dos veces la divisa grabada en la medalla: ¡*Cur non!* ¡*Cur non!* abrió el saquito de tela, retirando de él el pedazo de pergamino

desgarrado, arrugado y deteriorado por el fuego.

Como recordará probablemente el lector, lo poco que aún podía leerse en el enigmático documento, componía este logogrifo, aún inexplicado :

... Ch .. Ber... Armamort.

Apenas fijó Divina sus ojos en él, cuando en alta voz, y sin vacilaciones de ningún género, lo tradujo de este modo :

— *Carlos Bernardo de Armañac... Arma, Amor, Morte* (Batalla, ama y muere).

Luego, tomando entre sus manos temblorosas la cabeza de nuestro excaballero de aventuras cubrióla de besos y de lágrimas, mientras repetía incansable :

— ¡Mi hijo, mi hijo, mi hijo! Dios clemente, he encontrado por fin á mi Bernardo, al niño á quien creía bajo tierra! ¡Vivo está y bien vivo, Dios justo! ¡Y tiene los mismos ojos de su padre, de mi Jacobo!...

Bernardo devolvíale caricia por caricia, repitiendo él á su vez :

— Madre, mi buena madre... Mi corazón os había adivinado cuando me creía huérfano... Una atracción invencible me empujaba hacia vos, algo que no me era dado definir, y que ahora comprendo : la más pura de las afecciones.

Como es natural, cada uno de los allí presentes quiso participar de las efusivas manifestaciones de cariño de Divina la loca, ó mejor dicho, de Blanca de Armañac y de Saboya-Nemours, y este intercambio de caricias y de frases tiernas ó alentadoras duró algún tiempo.

Terminado que fué, la protagonista de la interesante

escena volvióse hacia su hijo. Y en medio del más religioso silencio habló de esta manera :

— Tu presencia, Bernardo mío, me ha devuelto la razón. Ahora me acuerdo de todo; veo todo cuanto ha pasado con la misma nitidez que si los acontecimientos que me enloquecieron hubieran ocurrido ayer mismo. ¿Qué edad crees tú tener?

— No me es posible decirlo con seguridad, — dijo Bernardo — pero calculo que debo tener veinte años, madre.

Blanca pasó su mano algo temblorosa por el semblante terso aún y hermoso bajo la corona de níveos cabellos y siguió diciendo :

— ¡Veinte años! de modo que he vivido sin vivir, ó por lo menos sin darme cuenta de que vivía, durante diez y nueve años! Porque cuando ocurrió la espantosa catástrofe de mi vida, tú no contabas más allá de doce meses...

— Madre mía, — interrumpió Bernardo — durante largo tiempo creí llorar y rezar por vos al hacerlo sobre una pobre tumba abandonada en un pequeño cementerio de la baja Navarra. . ¿Podéis decirme quién era la desgraciada mujer que perdió la vida por defenderme?

— No puede ser otra que Catalen, mi abnegada Catalen, tu nodriza. Una criatura sencilla y fiel como pocas — dijo, enternecida, Blanca, — que te quería casi tanto como yo, que no es poco decir. Pero dime tu historia, Bernardo; quiero saber en virtud de qué conjunto de circunstancias vuelvo á hallarte, cuando te creía

perdido, precisamente en compañía de mis mejores amigos, María y Jacobo de Villanueva..

— Y capitán general de los guardias de su majestad el rey; — dijo la marquesa.

— Según eso, el amante de Diana de Poitiers y esposo de Catalina de Médicis se ha decidido á reparar las injusticias de que nos hizo objeto...

— No, no, mi querida Blanca, — explicó Villanueva — el que hoy reina es el tercero de los hijos de Enrique II, el antiguo duque de Anjou. Vuestro valeroso hijo, caballero sin nombre, ayer desconocido, ha tenido la dicha de salvarle la vida, como salvó también la mía, como protege y defiende todas aquellas que se ven amenazadas...

— Sí, es el león de Armañac; — exclamó la condesa entusiasmada. — Grande y fuerte, como su padre. Pero cuenta, cuéntame tus aventuras. Tu adolescencia ha debido ser penosa y agitada como pocas.

Sentados todos los circunstantes, quien en una piedra, quien en un tronco de los abandonados allí por los truhanes, Bernardo hubo de exhumar todos los recuerdos confusos de sus años juveniles. Y cuando llegó en su relato á hablar de sus peregrinaciones en Oriente, de su encuentro con Bar Cobral, y de la narración extraordinariamente precisa que éste le hiciera del incendio y saqueo de Astaffort, todos los oyentes miráronse con sorpresa preguntándose quién podía ser aquel testigo ocular de un drama ya muy lejano.

El gran marqués era el único que hubiese podido decirlo, el único que podía dar el verdadero nombre del

enigmático protector del joven aventurero; pero había jurado llevarse ese secreto á la tumba y guardó silencio.

— Ahora me toca á mí; — dijo la condesa de Armañac acariciando la mano de Bernardo. — Con objeto de olvidar para siempre la hora terrible, quiero revivirla con vosotros en una sola vez. Escuchad.

Poco tiempo después del nacimiento de la única esperanza de nuestra raza, — me refiero al tuyo, Bernardo — hubo de prevenirme el conde Jacobo que era víctima de las amenazas de una mujer, errante y sin religión, llamada Phtah la gipsia. Como es natural, despreció aquellas amenazas, tanto más cuanto que nuestro castillo de Astaffort se hallaba siempre en pie de guerra, con objeto de que pudiese resistir á los ataques de católicos ó hugonotes, cuyas bandas se atacaban diariamente, y podía resistir un largo asedio, en tales términos que todo el mundo lo juzgaba intomable.

Desgraciadamente, aun cuando la vigilancia del probable enemigo exterior era exquisita, nadie se cuidó de vigilar particularmente á cada uno de nuestros hombres de guerra. Y sucedió que una noche, la del 10 de febrero de 1558, mi esposo se alejó de Astaffort luego de recomendar á su sargento de plaza gran cuidado en cerrar todas las entradas de la fortaleza, que solo una traición podía rendir.

Como jefe que era de la facción de los *Descontentos* en Guyana, mi esposo dirigiase á Auch, con objeto de presidir una de las reuniones de sus partidarios. Cierto es que alguien nos había prevenido de la presencia, en los alrededores de Astaffort, de la tribu de bohemios

dirigida por Phtah; pero no pensamos que fueran de temer por saberles demasiado cobardes para atacar un castillo que, más que tal, era una formidable fortaleza.

Acababa de acostarte, hijo mío, en la cámara de Catalen, y todo dormía ya en el castillo bajo la protección de vigías y centinelas, cuando algunos gritos horrisonos y el estampido de muchas detonaciones me despertó sobresaltada. El patio aparecía iluminado por resplandor siniestro. Nuestros hombres batíanse en el interior de la fortaleza, entregada por la felonía de uno de ellos é invadida por la horda de asesinos incendiarios.

Loca de espanto me arrojé del lecho, y aún sin comprender lo que ocurría, vestida muy ligeramente, corrí hacia la cámara de Catalen. ¡Qué espectáculo tan horroroso el que se ofreció entonces á mi vista! El cuarto estaba lleno de banditos enmascarados, vestidos como los soldados mercenarios. Dos de ellos mantenían derribada á la pobre Catalen amenazándola con enormes puñales. La heroica joven luchaba con desesperación, en camisa y cubierta ya de sangre, estrechándote contra su pecho desnudo, Bernardo, procurando protegerte con sus brazos contra un miserable que tirando de las ropitas que te cubrían trataba de separarte del regazo de tu nodriza.

Blasfemias horribles respondieron al grito de desesperada angustia que se escapó entonces de mi garganta.

— ¡La ladrona de hombres! — clamaron algunas voces avinadas. — ¡La ladrona de hombres! ¡Tortura

y muerte á la que casó con el generador de nuestra reina!

Comprendí que la ladrona era yo, y que sin duda se trataba de Phtah, de Phtah la gipsia, nuestra implacable enemiga. ¿No se había ella vanagloriado de haber sido fecundada por mi marido? ¿No había llevado su ambición hasta el extremo de imaginarse que llegaría a ser condesa de Armañac?

Una idea, una sola dominó entonces en mi cerebro: la de salvarte, Bernardo, aun á costa de mi vida, á todo trance, costase lo que costase, é impedir que cayeses en poder de las garras de la fiera inexorable.

— ¿Cómo es — preguntó el joven timidamente — que yo os he visto aceptar los consejos y creer en las palabras de esa misma fiera?

— ¿Tú has visto eso? — preguntó Blanca á su vez.

— ¿Tú? ¿Dónde? ¿Cuándo?

— En el coto de caza de los alrededores del castillo de Vincennes, y no hace aún muchos días.

Blanca de Armañac arregló sus desordenados cabellos con mano distraída y hubiérase dicho que procuraba adivinar el sentido de la pregunta formulada por el joven.

— ¿Estás seguro, — insistió temblorosa — de haberme visto hablar á esa mujer? Está aún tan débil mi cabeza... Sin embargo, me parece que yo no he estado nunca en ese sitio que acabas de indicar.

La marquesa María y Glorieta, á espaldas de Blanca, hacían señas desesperadas á Bernardo, como indicándole la conveniencia de que no siguiese por aquel

camino. El marqués por su parte le tocó en el brazo murmurando :

— No insistas, hijo mío. Ni una palabra más acerca de ese asunto. Tu irreflexiva vivacidad podría provocar una catástrofe.

Luego, dirigiéndose á Blanca, añadió sencillamente :

— Eso es un detalle que no tiene la menor importancia, amiga mía; el capitán ha podido engañarse como nos engañamos todos. Y aun cuando así no fuera, ese nuevo encuentro ¡cruz de Cristo! sería un cargo más contra esa gipsia que Dios confunda. Continúa, os lo suplico.

— ¿Continuar qué?... ¡Ah! sí, mi relato. ¿Dónde estaba? Ya no recuerdo...

— Estabais en el momento en que los bohemios enmascarados acababan de reconocerlos.

— Es verdad. Bueno, pues aunque derribada por ellos, víctima de sus golpes brutales y arrastrada por los cabellos, en mi cerebro dominaba la idea de acercarme á ti todo lo posible, tomarte en brazos y huir á través las habitaciones del castillo que el incendio comenzaba á consumir por todas partes.

Pero estaba de Dios que mis sufrimientos debían ser aún mucho mayores. Un grito desgarrador de Catalán hizo que me volviese como me fué posible entre las velludas garras de mis raptos, y entonces pude ver cómo se consumaba el acto más abominable que un ser humano pueda atreverse á cometer.

Anonadada por un puñetazo monstruoso, la heroica y fiel nodriza yacía sobre las baldosas, inerte, y su

feroz verdugo blandiendo como una maza al niño, al que tenía sujeto por un pie, se preparaba á destrozarle el cráneo contra el muro. ¿Cómo permitir semejante monstruosidad? Imposible ¿verdad? Pero por otra parte, ¿cómo acudir en tu socorro, sujeta como yo estaba, herida, loca de dolor y de desesperación?

Yo no sé cómo fué. Ello es que de mi garganta contrahida se escapó de pronto vibrante el grito de guerra que constituye nuestra divisa, el mismo que tantas veces determinara la derrota de los borgoñones :
¿*Cur non?*

¿Por qué no? ¿Por qué el cielo no había de concederme la energía que en aquellos supremos instantes me era indispensable?

Centuplicadas mis fuerzas en virtud de no sé qué milagro, dime á morder, á arañar cuanto se hallaba al alcance de mis dientes ó de mis uñas, piernas, brazos, caras, todo... Y los más tenaces me soltaron, aullando de dolor. Híceles entonces retroceder *unquibus et rostro* y libre en fin de mis movimientos, lanzando llamaradas por los ojos, me arrojé sobre el infame asesino que balanceaba tu cuerpo, Bernardo.

— ¡Alerta! — le gritó su compañero escapando. — Alerta, Karnac, que esa hembra maldita está en ayunas y querrá devorar su prole. Tírala por la ventana.

Apenas había formulado el horrible consejo, cuando mi hijo atravesó el espacio como piedra arrojada por una honda, pasó por la ventana abierta, y rodando de roca en roca fué á caer en las aguas del Gers...

Las gargantas de los oyentes del espantoso relato,

hallábanse comprimidas por la emoción; todos ellos respiraban con dificultad.

— ¿De modo que murió el niño? — preguntó Bernardo, á quien la penosa impresión del relato de su madre hacia olvidar que era él mismo la víctima del monstruoso crimen.

La condesa continuó:

— No, no murió, puesto que estás aquí. ¿Cómo fué salvado? Solo Dios lo sabe. En todo caso no lo fué por mí pues á mí debía serme imposible á partir de aquel trágico momento, prestarle la ayuda más insignificante. Pero tú, Bernardo, tú debes llevar en tu cuerpo las marcas de la espantosa caída.

— En efecto, madre mía, tengo no pocas cicatrices, ya muy antiguas, gracias á las cuales ha de ser siempre fácil reconocermé.

Blanca suspiró. La fatiga y la emoción la ahogaban. Rodeáronla, al observarlo, la marquesa María, Glorieta y el mismo Bernardo, disponiéndose á prodigarle toda especie de auxilios; pero ella, que hallábase animada de indomable energía, les hizo comprender que deseaba continuar hablando.

— Alejáronse todos los bandidos; — siguió diciendo. — Las llamas iban invadiendo todas las habitaciones haciendo imposible la estancia en ellas. Solo quedaba allí Karnac el asesino, acorralado cerca de la ventana, cuyo acceso defendía yo. Es posible que su acción odiosa hubiese dado á mis ojos, á mi mirada, la petrificadora energía que sin duda tuvieron los de Medusa, porque es lo cierto que el hombre no se movía, estaba

como clavado en el mismo sitio, víctima del miedo inconcebible que hube de inspirarle con solo mirarlo.

Sin aparente cólera, sin precipitación, fuime hacia él con paso de autómeta. Y automáticamente también levantáronse mis brazos, pegándose mis dedos á su garganta, incrustándose en ella... No hubo lucha; se oyó apenas un quejido. Las pupilas de aquel monstruo desaparecieron en la cavidad de las órbitas. Karnac murió como había vivido, es decir, como un cobarde. Creí haberlo matado, y tengo para mí que solo estrangulé un cadáver.

Sea como fuere, cuando él cayó al suelo y pude al fin volverme, vi con sorpresa que el cuerpo de Catalen había desaparecido; ya no se encontraba sobre las baldosas, en donde yo acababa de verle. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Se lo habían llevado? No; era más verosímil pensar en que ella misma hubiese huido luego de recobrado el conocimiento, por cuanto su justillo navarro, que poco antes yo viera colgado en una percha había desaparecido igualmente.

Hoy comprendo lo que debió pasar; aquella valerosa y humilde criatura tuvo sin duda una inspiración sublime, y á ella debes el hallarte con vida, pues que gracias á ella pudo darse con tu cuerpo en las rocas de Astaffort que dominan las cuencas del Gers. Ella hizo más tarde de su persona escudo para proteger tu debilidad hasta su muerte, y la tumba junto á la cual rezabas siendo niño en el cementerio de Barbotan es la suya. Catalen es la muerta desconocida.

— Tened por seguro, mi querida Blanca — dijo la

marquesa enternecida — que la divina clemencia ha debido recompensar á Catalen no con arreglo á lo humilde de su condición, sino teniendo en cuenta su grandeza de alma.

— Mi pena sería inmensa, María, si así no lo creyera ;
— aseguró la condesa.

Por su parte, el señor de Villanueva, firme en su propósito de no permitir que se durmiese de nuevo la memoria que acababa de despertar tras un prolongado sueño de muchos años, preguntó á su vez :

— ¿ Que fué de vos, amiga mía, cuando observasteis la desaparición de la nodriza?

Blanca vaciló; veíase que el recuerdo de aquellos trágicos momentos la anonadaba. Sin embargo, haciendo un esfuerzo para dominar su emoción contestó á la pregunta que acababa de hacérsele :

— Fué entonces cuando di mi primer paso en la subida del calvario que debía recorrer durante diez y nueve años. El golpe había sido tan horrible, tan brutal, tan imprevisto, que si físicamente mi organismo resistía aún, en cambio mi razón comenzaba á vacilar.

Atravesé, casi desnuda como estaba, las interminables galerías de Astaffort, pasando sin verlos siquiera por sobre los cuerpos de mis servidores que habían caído combatiendo. El fuego rugía por todas partes, consumiéndolo todo, retorciendo los muros, mientras que yo, como la Beatriz del Dante, daba vueltas y más vueltas, incansable, por aquel infierno, buscando una salida que me permitiese ir en busca de mi hijo.

Y las habitaciones sucedían á las habitaciones, los corredores á los corredores. ¡ Y ni un ser viviente en aquella ardiente Gehena! Cadáveres, nada más que cadáveres, en la sangre de los cuales de deslizaban mis pies, y que las llamas habían contorsionado, dejándolos en posiciones inverosimilmente macabras.

Yo no sé cómo salí en fin de aquel horno espantoso; lo que sí sé es que el horrible viaje á través de la región de la muerte había acabado la obra comenzada por Karnac, extinguiendo en mi cerebro la poca lucidez que en él quedaba.

Creyendo ir en busca de mi niño, púseme en marcha, y... no me acuerdo ya de nada más. Tengo así como una vaga idea de haber encontrado en mi camino á este hombre, — añadió la condesa señalando á Cortomontel — tal vez porque su aspecto era de los más indicados para grabarse en una memoria casi infantil. Además fué bueno para mí, llevándome consigo en sus correrías y alimentándome con arreglo á los medios que la casualidad le deparaba, sin exigir de mí nada á cambio de su altruismo.

Y aquí encuentro una laguna en mis recuerdos. Parece ver algo así como un enorme patio fangoso, que creo llamaban Corte de los milagros, en el que se agitaban por las noches millares de pordioseros. Aquellas gentes me querían, llamábanme su *madrecita*, y me cuidaban bien, dos de ellos especialmente : Tafouilleux y Almizcle : ahora me acuerdo de sus nombres.

Durante esta parte del relato, hubo de conmoverse profundamente el barón Cortomontel. El hombre no

sabía dónde meterse, avergonzado de su debilidad, y también por el honor que le dispensaba el gran marqués estrechando vigorosamente sus manos...

— Lo que hice no puede ser más natural ¡cuernos de Satanás! — decía. — Yo era bandido, y como tal obraba.

— ¡Cruz de Cristo! — exclamó al oírle el marqués — los bandidos como tú son muy raros, y tu buena acción, por natural que te parezca, te será contada por lo mucho que vale.

— Por fin, — acabó de decir la condesa Blanca mientras abrazaba una vez más á su hijo — el primer rostro humano que ha producido en mí impresión profunda, hasta lograr conmoverme, es el tuyo, gentil capitán. Gracias a ti recobro, aunque tarde, la salud de mi cerebro, y mi dicha sería completa si tu padre se encontrase entre nosotros para disfrutar de la parte de alegría á que tiene derecho...

La mirada del gran marqués se entristeció al oír estas palabras. Bien hubiera deseado hablar, llevar un consuelo al alma dolorida de la esposa del que fué más que su amigo, su hermano: pero no le era posible faltar á lo prometido, y él había jurado guardar silencio.

Deseando sin embargo poner término á una situación que podía hacerse penosa, dijo de pronto dirigiéndose á Bernardo:

— Hijo mío, creo que ha llegado la hora de ponerse en marcha hacia Chaumont. No conviene dejar á esos malditos tiempo para rehacerse. El crimen por ellos cometido ha hecho la desgracia de tu madre; si quieres

asegurar su tranquilidad ahora, se impone el exterminio de toda la banda. Conque ¡en marcha!

No era cosa fácil separar de su hijo á la condesa Blanca, siendo así que acababan, como quien dice, de encontrarse. Así hubo de comprenderlo el gran marqués, quien para contemporizar un poco, hubo de proponer:

— Se me ocurre que podríamos ir todos juntos hasta el Hotel de Villanueva. Desde allí, Bernardo, acompañado de los que consigan procurarse monturas, saldrán para atravesar París á rienda suelta, con lo que tal vez consigan alcanzar á los que llevan una delantera considerable.

— Yo iré con él; — dijo Blanca.

Pero el marqués se opuso á esta locura.

— Vos, amiga mía, — exclamó con voz débil — no haríais más que coartar sus medios de acción, por lo que obraréis muy cuerdamente quedándoos con nosotros. Y digo con nosotros, porque yo, aunque con pena infinita, he de reconocer que no me queda bastante sangre en las venas para sostener una espada.

Así era en efecto. Solo por un prodigio de energía habíase mantenido en pie hasta aquel momento. Pero la debilidad lo dominó, y cayó desmayado entre los brazos de los Peiragude.

— Obedezcamos, madre mía; — dijo Bernardo contristado. — Este héroe nos ha marcado á cada cual nuestro deber

Por orden suya, unidos ya los apóstoles, franquearon la puerta de la torre de Nesle.